

Tiempo de reformas

No la libraremos fácil.

Por: Edgar Gutiérrez

Las noticias del norte son cada vez peores. La imparable mancha de las quiebras financieras cala en la economía real, y la pérdida de empleos es exorbitante. Las cifras aún no alcanzan las proporciones desastrosas de la Gran Depresión de hace 80 años, pero cabalgan hacia ahí en vez de alejarse. Los gobiernos están interviniendo para controlar daños, pero sus instrumentos parecen modestos y a veces mal orientados: siguen premiando a los responsables del desbarajuste.

La buena noticia es que ya se está haciendo algo, después de meses de parálisis. Es quizá muy pronto para que la economía reaccione, y la ansiedad crece. La expectativa de un vuelco radical e inmediato con la nueva administración en Washington, se ha ido desinflando. Y no necesariamente es culpa del presidente Barack Obama y su equipo. Es por el tamaño del problema que se agrava por los laberintos de un sistema en el cual todos los caminos llevan a los mismos: a quienes hincharon de manera desorbitada sus cuentas y bienes, abusando.

Poco a poco se arribará a la conclusión de que lo que necesita el sistema es una reforma profunda. Revisar los cimientos de la casa, como dijo el propio presidente Obama. Los paquetes de estímulos son necesarios, pero siempre serán insuficientes si no se cambian piezas del sistema. Es como voltear latas de aceite sobre un recolector con fugas, que ya cumplió su vida útil.

Lo mismo podría ocurrirnos por subestimar los impactos locales de la crisis. Celebramos que la banca no se contaminó de la crisis global. Nos declaramos blindados por el vigor macroeconómico. Contabilizamos buenos márgenes para el comercio exterior. Y por último hemos confiado que con un paquete de medidas de corto plazo libraremos el temporal. Pero cada vez los indicadores –pago de deuda en dólares, tipo de cambio bajo presión; caída de remesas, comercio e inversiones; baja de las ventas y del consumo general; por tanto, menos recaudación tributaria– hablan que no la libraremos fácil.

Nuestro Gobierno no dispone de dinero fresco ni de instrumentos poderosos de intervención.

Los pocos recursos que se puedan destinar a paliar la crisis se perderán en buena medida en las fugas del sistema. Por un sentido urgente de eficiencia, pero también para sanear la economía, lo que acá también se requiere es una reforma de fondo que abra la ventana al emprendimiento de nuevos agentes económicos y a políticos con otra visión de Estado. Así desafía la crisis. Ese estereotipo que el coronel Mérida connota en su reflexión sobre Balsells y la CEH es como aquel otro de que ser militar es sinónimo de ser ignorante. Algo que quienes seguimos la columna del coronel Mérida sabemos que no es cierto.